



Unai Martín, en su casa de San Sebastián. A la derecha, Claudia Mozo, en una calle de Madrid. / JAVIER HERNÁNDEZ / CLAUDIO ÁLVAREZ

Cuatro estudiantes de distintas provincias describen sus días previos a los temidos exámenes de acceso a la Universidad: "Todo te parece un mundo"

La vida en Selectividad, una eternidad con muy poco tiempo para estudiar

J. A. AUNIÓN, Madrid
Sin duda los habrá más caóticos y más ordenados, ansiosos o acuciados por la presión, pero lo cierto es que llevan dos años preparándose (a algunos les parece que llevan toda la vida) y en general saben perfectamente lo que tienen que hacer, aunque a veces les puedan traicionar los nervios. Más de 200.000 jóvenes se enfrentan un año más a las pruebas de acceso a la Universidad: los riojanos lo hicieron ya la semana pasada, hoy empiezan los madrileños, murcianos y cántabros, y en los próximos días les seguirán los alumnos del resto del país.

La alicantina Lucía García Castro, de 18 años, empieza la prueba mañana: "Según está montado bachiller y la Selectividad, quizá es una forma académicamente objetiva de seleccionar quién entra en las carreras con mucha demanda. Pero también es verdad que en estos dos años hay mucho sufrimiento, que en estas dos semanas de estudio tenemos mucho estrés, muchos pensamientos diferentes y, si no te gestionas bien, puede ser totalmente desastroso. Pero yo creo que con una planificación y sabiendo que vas a dar todo lo que puedes...", explica.

Hacia mediados de mayo, los alumnos de segundo de bachillerato terminaron las clases, para que aquellos que han conseguido

el título tengan tiempo para prepararse para las pruebas. A partir de ese momento, cada aspirante se organiza como le parece bien y con la intensidad que considera.

"Me desperté pronto, porque tenía que ir a clase de mates a preguntar dudas. Solo estaba yo y un compañero. Más o menos, por ahora, voy relajada, creo que voy bien", contaba el viernes pasado Lucía, que acaba de terminar el Bachillerato de la rama de Ciencias Sociales en el instituto público Azorín, de Petrer (Alicante).

Carmen Arribas, que hoy comienza la Selectividad tras haber aprobado el Bachillerato en el colegio Estudio de Madrid, lo ha llevado bien, aunque

con algún altibajo: "De momento lo llevo bien porque, al fin y al cabo, se trata de repasar lo que he estado estudiando todo este año. Lo que pasa es que estoy un poco harta de estar en mi casa, la verdad. Me está ayudando salir a correr y hacer un poco de deporte para despejar la cabeza", contaba hace una semana.

Carmen ya ha sido aceptada en Ingeniería Biomédica en una universidad de Holanda. "Me considero muy afortunada porque puedo ir [a la Selectividad] más tranquila que otros compañeros, que a lo mejor si les sale mal este examen, no pueden entrar a la carrera que quieren y tienen que esperar un año o estudiar otra", señala.

Punto de inflexión, prueba de madurez y rito iniciático

Las pruebas de acceso a la universidad no solo marcan el futuro académico de los aspirantes, sino que se convirtieron hace ya muchos años en una especie de rito iniciático, el paso de la niñez a la madurez (dice la ley de educación que las pruebas han de valorar, entre otras cosas, la "madurez académica"). "La Selectividad, todo el curso

previo a la prueba, es un punto de inflexión. Mis padres, mis amigos que ya están en la universidad, todos te lo dicen, que será otra forma de ver la vida, que pasamos a otra etapa, que haremos cosas distintas", cuenta Claudia. Añade, en todo caso, que le da mucha pena dejar el instituto y a los compañeros después de tantos años en el mismo

Desde hoy, más de 200.000 alumnos se enfrentan a la emblemática prueba

"Estoy harta de estar en casa. Ir a correr ayuda a despejar la cabeza", dice Carmen

centro, el Gredos San Diego del barrio madrileño de Moratalaz.

Lucía por su parte opina que han sido dos años de preparación muy duros, de mucho esfuerzo, con muchos lloros sobrellevados con el apoyo de los compañeros, así que: "Por una parte sí que me da muchísima pena dejar a toda la gente de mi instituto, y a los profesores, que con alguno me llevo genial. Pero, por otra parte, si me preguntan, con los dos años que llevo no me apetecería volver para nada".

Unai Martín, guipuzcoano de 18 años, necesita bastante nota (el año pasado hizo falta un 12,8 sobre 14) para cumplir su objetivo de estudiar Medicina en Bilbao. Aún no sabe si le tira más la cirugía o la traumatología, pero no tiene ninguna duda sobre su vocación sanitaria, en la que ha influido mucho, explica, su hermana, Uxue, de 12 años, que padece una enfermedad rara: el síndrome de Phelan-Mcdermid. "Ella me ha motivado para querer cuidar a los demás", dice el joven, que ha estudiado en la ikastola Ekintza de Donosti.

Claudia Mozo, madrileña de 18 años, también se decanta por la rama sanitaria: "Quiero dedicarme a la Enfermería, en urgencias. Aunque también me gustaría muchísimo ser enfermera militar", precisa. El tiempo dirá. De momento, toca estudiar para conseguirlo. Se declara tranquila: "Al final no es nada que no hayamos hecho ya".

Todos, de hecho, tratan de mantener la calma, pero no es fácil. "En las semanas que pasan desde que terminas el bachiller hasta que llegas a la selectividad todo te parece un mundo. A mí me está pareciendo una eternidad, pero a la vez me parece muy poco tiempo para estudiar. Y te estresas por todo, te irritas con todo, no encuentras nunca nada, aunque lo tengas enfrente. Es una sensación extraña", explicaba el miércoles Lucía.

Ella no tiene "muy claro" lo que quiere hacer, pero le tira algo que tenga que ver "con trabajar en otros países". Y se lo toma con filosofía: "Si no se llega no pasa nada. Hay otros caminos", dice, y se explica: si no le alcanza para entrar en Relaciones Internacionales, que está muy demandada, se irá "por algo más relacionado con el Derecho" y luego hará alguna especialización sobre asuntos internacionales.